CATALUÑA EN LA VIDA DE MENÉNDEZ PELAYO

La egregia figura del maestro espera aún la biografía amplia y profunda que su personalidad merece, y para la que, incluso, faltan en algunos casos los datos previos para acometerla. Este trabajo no pretende más que ilustrar un aspecto de su vida, añadiendo a cosas generalmente sabidas otros datos extraídos de la prensa barcelonesa y de su abundante correspondencia. A él seguirá, Dios mediante, otro dedicado a las ideas de Menéndez Pelayo sobre Cataluña y a su papel como historiador de la literatura y la cultura catalanas, pequeño homenaje a la afición sin límites que por ella sintió siempre. Permítaseme hacer constar aquí mi agradecimiento a la Biblioteca Menéndez Pelayo y a su actual director, D. Enrique Sánchez Reyes, cuya amabilidad e interés han hecho posible este trabajo.

En septiembre de 1871 llegó por primera vez a Barcelona el que con el tiempo llegaría a ser la figura máxima de la intelectualidad española. Era por aquel entonces Marcelino Menéndez Pelayo un adolescente de quince años, que, recién terminado el Bachillerato con una aureola de joven prodigio y una ansia voraz de saber, se disponía a entrar en contacto con la cultura universitaria. Si en Santander había quedado su incipiente biblioteca, de la que antes de marchar redactara un cuidadoso catálogo, con él viajaban, en cambio, los sueños intelectuales que le encendían ya la frente, y también los primeros versos escritos.

Varias razones habían movido a su padre para preferir Barcelona como el lugar de su formación universitaria. La Facultad de Madrid era un foco de krausistas y de elementos extraños, y, por otra parte, en Barcelona ocupaba la

cátedra de Química general D. José Ramón Luanco, paisano e íntimo amigo, que podía encargarse de la tutoría del muchacho. Con éste, pues, al final de las vacaciones, emprendió el joven Marcelino el viaje a la ciudad condal.

No conocemos la impresión que produciría en su ánimo la Barcelona agitada y bulliciosa del 70, tan diferente, no sólo de la actual, sino de la que el mismo Menéndez Pelayo pudo completar cuarenta años después, en pleno florecimiento intelectual e industrial. Por aquel entonces, sólo tímidamente empezaba a romper el cerco de las murallas y a extenderse por el llano, al conjuro de la naciente industrialización. De todos modos, comparada con su Santander natal, debía aparecerle como una gran ciudad realzada, además, con el prestigio de lo desconocido. En su centro, en lo que hoy es el casco antiguo, cerca de la Catedral y del Ayuntamiento, tenía establecidos sus reales su pariente y tutor, como huésped de una casa de pensión, y allí fué D. Marcelino, entregado a los domésticos cuidados de D.ª Francisqueta, maternal rectora de la familia de huéspedes que se amparaban bajo su techo. [1]

Al empezar el curso 1871-72, la Universidad barcelonesa se alojaba todavía en el ruinoso caserón del Carmen, triste testimonio de los excesos del año 1845, hasta que meses después la Facultad de Letras se trasladó al actual edificio universitario. [2] Pero antes de recoger cualquier dato sobre la vida estudiantil de Menéndez Pelayo, creo ineludible anteponer su propio testimonio sobre la Escuela en que se formó monumento perdurable en su alabanza—expresado allí mismo en ocasión solemne: «No difería esta escuela en su organismo oficial de lo que eran las restantes de España, sometidas a triste uniformidad después que el plan centralista de 1845 acabó con los restos de la autonomía universitaria, que ahora tímidamente intenta renacer. Pero en Barcelona, como en otros centros de la antigua

[1] En una casa que aún subsiste en la calle de la Fuente de San Miguel, núm. 2, 3.º

[2] A causa del estado ruinoso del convento del Carmen las clases de la Facultad de Filosofía se trasladaron en diciembre del año 1871, aunque la inauguración oficial del nuevo edificio no se celebró hasta octubre del año siguiente.

cultura y de vida moderna más o menos intensa, nunca se había extinguido la espontaneidad nativa del carácter provincial, y en la enseñanza, como en todo, se manifestaba, aunando venerables tradiciones con impulsos y anhelos de renovación, sentidos allí antes que en otras partes de la Península. Tenía, pues, la Universidad barcelonesa de 1870 sus dotes características que en gran manera la diferenciaban dentro de nuestra vida académica tan pobre y lánguida, y por ellas había conquistado, sin ruido ni aparato externo cierta personalidad científica, una vida espiritual propia, aunque modesta, que daba verdadera autoridad moral a algunos de sus maestros, haciéndolos dignos educadores de almas y nobles representantes del pensar de su pueblo. Heredera la Universidad, por una parte, del floreciente *romanismo* de la escuela de Cervera, de la tradición jurídica arqueológica y de humanidades que se compendia en el gran nombre de Finestres; y por otra, de las tradiciones de la ciencia experimental que había sido profesada, no sin brillo, en la antigua escuela de Medicina y en los estudios de la Casa-Lonja, mostró desde los primeros días un sentido *histórico y positivo*, de pausada indagación y recta disciplina, nada propensa a brillantes generalizaciones, intérprete y no deformador de la realidad; tímido, pero seguro, en sus análisis, respetuoso con todos los datos de la conciencia, atento a los oráculos de la venerable antigüedad, sin acercarla ni alejarla de nosotros demasiado. Y este sentido, con la variedad propia de cada género de estudios, inspiró lo mismo a los jurisconsultos, que a la luz de *la escuela histórica comenzaron la rehabilitación* de las antiguas instituciones, que a los psicólogos partidarios de la Escuela de Edimburgo, y a los críticos y artistas que, educados en el romanticismo arqueológico, llegaron a convertir en doctrina estética lo que había sido al principio intuición genial. En esta escuela me eduqué primeramente, y aunque la vida del hombre sea perpetua educación y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu que, a falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo

es el que debo a la antigua escuela de Barcelona y creo que substancialmente no se ha modificado nunca.» [3]

Tales palabras, pronunciadas en esta Universidad en el homenaje a Milá y Fontanals, son más explícitas que todo lo que aquí pudiese decir sobre la profunda influencia que estos años ejercieron en su espíritu. Resta sólo añadirles algunos datos interesantes, rastreados en la correspondencia y en los recuerdos de sus amigos.

La historia académica de Menéndez Pelayo en Barcelona fué tan corta como brillante. [4] En 1871-72 cursó Literatura general y estética con D. Manuel Milá y Fontanals; Geografía, con D. Cayetano Vidal y Valenciano, y Griego, con D. Antonio Bergnes de las Casas, y después de pasar el verano en Santander, regresó en septiembre para realizar los ejercicios de premio para los que se le propusieron como temas: *El Teatro español*, *Trágicos latinos de la segunda época*, *La tierra como cuerpo celeste* y *Verbos en* μι, logrando el premio en las tres primeras asignaturas y fracasando en la cuarta. Se puede ser un buen helenista y saber poca gramática, como observa juiciosamente Bonilla. En el curso siguiente (1872-73), las asignaturas y profesores fueron, respectivamente: Literatura griega, con don Jacinto Díaz; Hebreo, con D. Mariano Viscasillas; e Historia Universal, con D. Antonio Rubió y Ors. Terminado el verano, Menéndez Pelayo ya no regresó a Barcelona; obligado su tutor Luanco a residir una temporada en Madrid, allá le siguió su pupilo. Tenía, por tanto, escasamente diez y siete años al abandonar Barcelona, y sólo aceptando—como decía su amigo Rubió—que su genio no tuvo adolescencia, puede comprenderse la intensidad de la huella que estos dos años dejaron en su espíritu.

Y, sin embargo, ni el ambiente de Barcelona ni el de su Universidad en aquellos dos años, eran los más adecua-

---

[3] *Semblanza del Dr. D. Manuel Milá y Fontanals.* Obras completas. Edición C. S. I. C., págs. 133, 134.

[4] El expediente académico de D. Marcelino en Barcelona, así como el texto de los ejercicios aludidos a continuación, puede verse en *Los cuatro primeros escritos de D. Marcelino Menéndez Pelayo y su primer discurso*, por Manuel Rubió y Borrás. Barcelona, 1913.

dos para una provechosa formación intelectual. La doble guerra civil, a veces latente, a veces declarada, de los carlistas y de los republicanos, repercutía en la ciudad que contemplaba en un mismo día cómo se proclamaba la federal y cómo se reclutaban voluntarios para Don Carlos. No hay que decir que todas las algaradas encontraban eco, en primer lugar, en la Universidad, donde no era raro que las discusiones políticas se liquidasen a bastonazos. Incluso alguna vez, un estudiante abandonaba los libros para *lanzarse al campo* y volvía al cabo de un par de años, huérfano de ciencia, pero lleno de aventuras. [5]

En este ambiente se encontró introducido Menéndez Pelayo. Aunque a las clases de la Facultad de Filosofía asistía un público escaso, rayano en la docena, y en principio interesado por las letras, algunas asignaturas—como la de *Estética*—eran comunes con los alumnos de Derecho, y allí una turba de 200 futuros abogados hacían fracasar las escasas dotes disciplinarias del venerable Milá y Fontanals, convirtiendo su clase, al menos en los primeros meses del curso, en continua algarada.

Fué precisamente en esta clase donde tuvo lugar la revelación universitaria de Menéndez Pelayo. Invitado un día a exponer la lección, desarrolló el concepto de belleza a través de los tiempos desde la *idea* de Platón a la *armonía viviente* de Milá, hasta que terminó la hora de clase, y él seguía aún su exposición, mientras al anciano maestro la emoción le empañaba los ojos. [6] Desde aquel día, el prestigio de Menéndez entre sus condiscípulos fué inmenso, y sus profesores advirtieron que aquel muchacho estaría pronto en condición de darles lecciones. Durante el curso siguiente, la actuación de Menéndez Pelayo fué ya en público, interviniendo con un discurso—*Cervantes conside-*

---

[5] Una animada y pintoresca descripción del ambiente universitario que vivió D. Marcelino se encuentra en la serie de artículos que su antiguo condiscípulo, Franquesa y Gomis, publicó con ocasión de la venida de aquél a Barcelona, cuando los Juegos Florales del 1888 *(La juventud de Menéndez Pelayo, L'Ilustració Catalana*, núm. 191, 192, 194, 195, 196).

[6] La anécdota de la clase de Milá se encuentra también en los citados artículos de Franquesa.

rado como poeta—en la velada—28 de abril de 1873—que organizó el Ateneo Barcelonés, conmemorando la muerte de Cervantes, y en la que tomaron también parte sus maestros Milá y Vidal y Valenciano. [7]

No hace falta decir que esto suponía una furia de lectura y una capacidad de retención y asimilación, superior a lo imaginable a los quince años. Desde su infancia, devoraba todo lo que caía en sus manos, y Barcelona ofreció pasto abundante a su pasión. La Biblioteca universitaria, el Archivo de la Corona, las librerías de viejo, donde su constante presencia llega a hacerse sospechosa, las bibliotecas de sus amigos y profesores, los catalógos de todas clases, son las tierras vírgenes a cuya conquista se lanza con todo el ardor de su juventud.

«Amaba la soledad para sus estudios y principalmente para la búsqueda de libros viejos, que ya constituía entonces para él la mayor de las delicias. El libro era su pasión favorita, la más dominadora de sus pasiones. En su alto y modesto tugurio estudiantil bañado por espléndida luz comenzó su *Biblioteca de Santander*. Allí llevaba los tesoros recogidos a costa de muchas privaciones en las librerías de viejo de Llordarch en los Encantes o de Mero en la hoy casi derruída calle de la Tapicería, cerca de la vetusta bajada de la Catedral. Había que ver con qué infantil regocijo mostraba alguno de aquellos tesoros, cuyo valor no alcanzaba yo a comprender y cuyos enrevesados títulos, por más esfuerzo que hacía, no se gravaban jamás en mi memoria. Allí empezaron a llenarse aquellas famosas cajas de libros, que ya no cesó de mandar a su ciudad natal.» [8]

Pero nos haríamos una idea falsa del Menéndez Pelayo juvenil si lo imaginásemos como un misántropo. Si rehuía las discusiones sobre los temas ajenos a sus aficiones, y

---

[7] A. Rubió y Lluch, *Discurso en elogio del Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo*, leído en la Universidad de Barcelona el 13 de mayo de 1913, p. 13.

Este discurso, con los artículos citados en las notas anteriores, son los documentos principales para el conocimiento de la juventud barcelonesa de Menéndez Pelayo. La reseña periodística de la velada del Ateneo puede verse en el *Diario de Barcelona* del día siguiente (29 de abril de 1873).

[8] Rubió y Lluch. Discurso citado.

principalmente los políticos, le encanta, en cambio, charlar y discutir. «Sólo gozaba en la conversación y aún en la discusión, en la que ponía toda la vehemencia de su alma apasionada, acerca de materias históricas, religiosas y literarias.» En realidad, fué sólo en la madurez cuando aprendió la serenidad, al mismo tiempo que se recluía progresivamente en sí mismo, pero nada más lejos que la frialdad y la intemporalidad del erudito en quien debutó en la vida pública en apasionadas polémicas, llevadas a veces contra tirios y troyanos, casi solo y en postura difícil.

Sus compañeros de conversación eran, en primer lugar, sus condiscípulos, entre los que se formó pronto una vieja guardia de amigos, que con el tiempo, y al ocupar puestos destacados en el mundo de las letras, habían de ser los voceros de la amplia simpatía y resonancia que siempre encontró Menéndez Pelayo en Cataluña. Entre ellos estaban: Jaime Gres, distinguido hebraísta, malogrado por una muerte prematura; Federico Schwartz, historiador, y andando el tiempo concejal y profesor de la Facultad de Letras; Bertrán y Bros, literato e incansable folklorista; Franquesa y Gomis, escritor y político en el ala más extrema del catalanismo; Herminio Fornés, y, principalmente, Antonio Rubió y Lluch. La amistad con éste, hijo de uno de los más ilustres profesores de la Universidad, se hizo pronto íntima y no debía interrumpirse hasta la muerte. Su huella ha quedado en una abundante correspondencia, que sigue todas las incidencias de sus vidas, desde las primeras cartas de muchachos, con aficiones eruditas, hasta los días de lucha e infortunio, atravesando en algún momento graves diferencias que sólo una amistad tan profunda podía salvar. Muerto Menéndez, Rubió, que le sobrevivió largo tiempo, dejó una y otra vez constancia emocionada de esta amistad, así como había sido el primer y más constante panegirista de los éxitos de su amigo en Cataluña y aun en apartados países. [9]

[9] La correspondencia de Rubió y Lluch, una de las más importantes de las que guarda la Biblioteca de D. Marcelino, no sólo es un documento humano de primer orden, revelador de dos almas dignísimas y unidas por un cariño fra-

Esta amistad tuvo, además, como consecuencia una estrecha relación con la familia Rubió. Pronto D. Marcelino se acostumbró a comer cada domingo en esta casa, donde encontraba no sólo una biblioteca y un maestro, sino el calor de un hogar acogedor y refinado a la vez, y en él a quien le hacía las veces de madre, supliendo las deficiencias que D.ª Francisqueta, la patrona, no alcanzaba a colmar. Así se estableció entre maestro y discípulo un estrecho y profundo contacto, que también en años sucesivos perdura en forma de correspondencia hasta la muerte del primero. [10]

Pronto, también, otro profesor lo admitió en su intimidad. Milá y Fontanals, el historiador literario de prestigio europeo, en cuya clase Menéndez había esbozado inconscientemente lo que sería el plan de la *Historia de las ideas estéticas*, no tardó en aficionarse a este alumno, en quien veía las promesas del genio. Su amistad, guardadas las naturales diferencias que establecían la edad y la situación mutuas, fué intensa, y a la admiración que el profesor sentía por el discípulo, respondió éste con el respeto y el agradecimiento que conservó y gustó de proclamar toda su vida. Cuando dos años después, aparecía el primer volumen de las *Ideas Estéticas*, llevaba el nombre de Milá en la primera página con el verso de Dante: *tu duca, tu signore, tu maestro*, y esta fué una de las más puras e intensas alegrías que en su vida sintió el viejo maestro. Y cuando a su muerte éste le hizo legatario de sus papeles, Menéndez Pelayo correspondió a su confianza editando sus obras completas y erigiendo en la *Semblanza*, de Milá, el más perdurable monumento a su memoria. [11]

Con Vidal y Valenciano, entusiasta literato, y por azares burocráticos, profesor de Geografía de Menéndez, tam-

terno, sino un caudal de datos para la biografía de D. Marcelino. Jorge Rubió y Balaguer, digno heredero de un apellido ilustre en las letras catalanas, conserva con piedad filial cartas de D. Marcelino a su padre.

[10] La correspondencia de Rubió y Ors con Menéndez Pelayo, que se conserva en su biblioteca de Santander, asciende a 63 cartas, fechadas entre 1876, año de la partida a Madrid de D. Marcelino, y 1899, año de la muerte de Rubió.

[11] Como colofón de la edición de las obras de Milá, Menéndez Pelayo pensaba escribir la vida del maestro, *que sería la historia de la cultura catalana* (corres-

bién debió entrar en íntima relación en esta época, como lo prueba su nutrida y cordial correspondencia y el que desde la primera carta se tuteen. [12]

Con Llorens, en cambio, de quien gustaba de llamarse discípulo, y a quien dió a conocer y defendió siempre que tuvo ocasión, no es probable que llegase a establecer una relación personal, ya que Llorens murió a los pocos meses de ingresar Menéndez Pelayo en la Universidad, sin que aquel curso fuese académicamente profesor suyo, y Menéndez Pelayo no pudo más que asistir, atraído por su fama, a algunas clases del propagador de la filosofía escocesa del sentido común. [13]

Y contaba aún Menéndez Pelayo en Barcelona con otra amistad académica, aunque no se debiese a su presencia en Cataluña; me refiero al ya citado D. José Ramón de Luanco, catedrático de Química general, amigo y paisano del padre de D. Marcelino, y por él encargado de la tutoría del muchacho. Por lo que de él sabemos, era D. José Ramón un personaje algo atrabiliario, ferozmente independiente, rebuscalibros empedernido y encariñadísimo con su pupilo, a quien toda su vida trató con aire paternal entre admirado y burlón. En su refugio de solterón recalcitrante, Menéndez Pelayo empezó a gustar los placeres del bibliófilo, y aun sospecho que al contacto con el autor de *La Alquimia en España* germinó su afición a los heterodoxos, tras la pista de los cuales recorrería dos años después media Europa. Pero Luanco era, además, una personalidad destacada en Barcelona, donde fué miembro de la Academia de Buenas Letras y Presidente del Ateneo, y a su posición y relaciones debería Menéndez Pelayo muchos contactos y facilidades. [14]

---

pondencia con Valera, carta 149); tal proyecto no llegó a realizarlo, pero puede sustituirse por la *Semblanza* y por frecuentes alusiones en sus escritos. La correspondencia de Milá a D. Marcelino, que se guarda en la biblioteca de éste, se eleva a 20 cartas y 16 de Menéndez Pelayo a Milá.

[12] Cuarenta y un cartas de Vidal y Valenciano a Menéndez Pelayo, conservadas en la biblioteca de Santander.

[13] V. A. Rubió y Lluch, *Los educadores intelectuales de Menéndez Pelayo*, *Revista de Archivos*, 1912.

[14] Setenta y dos cartas de Luanco a Menéndez Pelayo se conservan en la biblioteca de éste.

De estos profesores barceloneses y del ambiente en que se movían, recibió el alma joven de Menéndez Pelayo una huella duradera tan profunda y decisiva que sólo suponiendo, como antes decía, que su genio no tuvo adolescencia puede hacerse comprensible. A ellos se refería al hacer el elogio del espíritu de la Universidad de Barcelona, en los párrafos de la *Semblanza* de Milá, que antes he copiado, elogio que hay que completar con lo que sobre cada uno de ellos individualmente dijo o escribió Menéndez Pelayo cuando, en el curso de su vida, incidentalemte tuvo que aludirlos. De ellos aprendió, en primer lugar, la insobornable seriedad y honradez en el trabajo intelectual, que les permitía ocultar bajo su extrema modestia y su absoluta falta de ambición, una personalidad científica de primer orden, más conocida a veces, como en el caso de Milá, entre los sabios europeos que en su misma patria; la afición entusiasta al pasado, que se esforzaban por conocer con exactitud, pero que amaban por naturaleza; el eclecticismo filosófico basado en la afición a los datos de la conciencia, y el respeto a las opiniones ajenas, o expresado en el recelo ante las generalizaciones abstractas; y, lo que no debía ser lo que menos admirase Menéndez Pelayo, el catolicismo profundamente sentido, pero desligado de toda bandería política. Pero aún por encima de estas influencias, más propiamente intelectuales, Menéndez Pelayo valoraba en estos hombres la elevación moral que les hacía hombres buenos antes que sabios, más preocupados por formar las almas que por ilustrar los entendimientos, y el ejemplo de su vida, dirigiéndose al pasado, no para refugiarse en él, sino para orientar el presente. No es aventurado afirmar, porque él mismo lo ha dejado entender repetidas veces, que el movimiento que entonces presenció Menéndez Pelayo en Cataluña, incubando un auténtico renacimiento al calor de un redescubrimiento del pasado, fué el paradigma de la renovación que él soñaba para España y que en la medida de sus fuerzas procuró promover. [15]

[15]. Estas ideas están claramente latentes en muchos párrafos de *La Ciencia Española*, escrita poco después de dejar Barcelona y expresamente enunciadas

He hablado de todos estos maestros en bloque, como si formasen una unidad, cuando es evidente que las características apuntadas habría que asignarlas especialmente a unos nombres propios. Mas lo cierto es que D. Marcelino habla de ellos como de miembros de una escuela y elementos de una tradición, y verdaderamente poseían unos rasgos comunes, y estos fueron los que más impresionaron a su genial discípulo. Basta releer con atención lo que sobre cada uno de estos hombres escribió Menéndez Pelayo, y aun sobre figuras de alguna manera ligadas con la tradición intelectual catalana: Cuadrado, Coll y Vehí, Comellas, el mismo Balmes, para advertir que su admiración y su elogio se dirigen siempre a unas mismas actitudes, actitudes que son precisamente las que él querría adoptar. Para entender la profunda influencia de la Universidad de Barcelona sobre Menéndez Pelayo, por encima de su genial y reconocida precocidad, hay que situar *con naturalidad*, este parentesco espiritual entre discípulo y maestros.

Sobre la influencia de estos hombres en Menéndez Pelayo, he de volver aún otras veces en el curso de estos artículos, pero quiero hacer notar que, contra lo que alguna vez se ha dicho, [16] por ellos y por sus compañeros de estudios, entró Menéndez Pelayo en contacto con el incipiente renacimiento catalán, por el que se interesó inmediatamente. Al marchar a Madrid no sólo dominaba el catalán y conocía su literatura antigua, sino que estaba al tanto de todo lo que en los últimos tiempos se había publicado, [17] y prueba de su interés por ello es la asiduidad con que sus

cuarenta años más tarde en la *Semblanza de Milà*. A. Rubió y Lluch: *Los educadores intelectuales de Menéndez Pelayo*.

[16] Bonilla y San Martín: *Marcelino Menéndez Pelayo* en *Orígenes de la Novela*, vol. IV.

[17] «Interesábale mucho en esta época nuestro movimiento literario regional, y estaba reducido, además del teatro y de la publicación de los volúmenes anuales de los Juegos Florales, a unas pocas revistas, como *La Renaixensa*, de Barcelona; o *La Balear*, de Palma de Mallorca; o la magnífica edición de textos clásicos catalanes, recién comenzada a la sazón por D. Mariano Aguiló, y la producción infatigable de D. Francisco Pelayo Briz, que...» «En estas asiduas lecturas se hizo muy pronto dueño Menéndez Pelayo de nuestro idioma regional, que llegó a entender perfectamente, pero que jamás consiguió hablar, ni se preocupó por ello por sus escasas aptitudes para las lenguas vivas.» A. Rubió y Lluch. Discurso citado, p. 19.

corresponsales—Rubió y Lluch en primer lugar—le tienen al corriente del movimiento literario, hasta el punto de que cuando dos años después hace una fugaz visita a Barcelona, en un momento de intensa actividad literaria, se mueve entre hombres y libros como en su propio ambiente, y puede valorar en su exacta importancia la reciente aparición de *La Atlántida*. En compensación, Menéndez Pelayo impuso entre sus jóvenes amigos la simpatía por la Montaña y la admiración por Pereda, simpatía y admiración cuyas huellas son fáciles de seguir en la literatura catalana de años posteriores.

En resumen, estos dos cursos barceloneses de Menéndez Pelayo fueron dos cursos bien aprovechados. El adolescente serio, de aire desgarbado, [18] que se alimentaba de libros y mantenía amistad con gente madura, que gustaba de pasear por la muralla del mar o la carretera de Sarriá y componía versos sobre su primer amor, marcha formado intelectualmente, lleno de ideas y grávido de proyectos. Entre éstos figura, en primer lugar, un libro de poesías originales y traducidas y la versión castellana de varias obras latinas, entre ellas las tragedias de Séneca, con destino a una vasta Biblioteca de traductores de obras clásicas, y por sobre de todo esto, y como tarea más importante, un catálogo bibliográfico de traductores hispanos que recogiese y superase los intentos de Amat y de Pellicer. [19] Por un raro azar este primer objeto de sus desvelos no debía llegar nunca a realizarse más que en mínima parte.

En Madrid Menéndez Pelayo continúa su carrera de éxitos, sin que encuentre un ambiente universitario comparable al de Barcelona, sino que, al contrario, reacciona violentamente contra el krausismo, [20] entonces en apogeo, hasta el punto de que para aprobar la Metafísica tiene que

---

[18] «Aquí todo marcha poco más o menos como cuando tú escandalizabas a los catalanes que paseaban por la Rambla con tu facha desastrosa y pordiosera.» Correspondencia de Luanco.

[19] Amplias indicaciones sobre todos estos proyectos se encuentran en la correspondencia entre Rubió y Lluch y Menéndez Pelayo.

[20] En la correspondencia con sus condiscípulos barceloneses se encuentran pintorescas expresiones de su reacción ante el krausismo.

desplazarse a Valladolid, donde recibe el grado de licenciado. Este incidente le pone en contacto con Laverde, que, con Llorens y Milá, forma la triada de los orientadores intelectuales de su juventud. El año siguiente—1875—Menéndez Pelayo se doctora, con premio extraordinario, y seguidamente publica su tesis: *La novela entre los latinos.* Con ella su nombre sale de las aulas y empieza a pronunciarse con admiración.

Mientras tanto, el joven doctor no ha perdido contacto con Barcelona. Durante el curso siguiente, a su partida, un grupo universitario ha publicado una revista literaria de vida efímera *(Miscelánea Científica y Literaria)* y en ella ha colaborado Menéndez, regularmente con poesías y estudios que cronológicamente son sus primeras producciones impresas. [21] También en la *Revista histórico-latina* aparecen con su firma unos *Apuntamientos biográficos y bibliográficos sobre Pedro de Valencia.* [22] Y además mantiene nutrida correspondencia con sus antiguos compañeros (Rubió y Lluch, Gres, etc.) y sus maestros (Milá, Rubió y Ors, Vidal y Valenciano), intercambio epistolar que sólo la muerte ha de interrumpir.

Justamente es Milá quien por aquel entonces hace que por primera vez el nombre de su discípulo atraviese las fronteras, al publicar en el *Polybiblion*, de París, la gaceta informativa de los eruditos católicos del siglo pasado, una laudatoria recensión del *Trueba y Cosío* que acababa de aparecer. Esta recensión tuvo, además, como consecuencia que a Menéndez Pelayo se le nombrase mienbro correspondiente de la *Academia Heraldo-Genealógica*, de Milán. Menéndez Pelayo cumplía entonces los veinte años (1876).

---

[21] La *Miscelánea Científica y Literaria* apareció durante el año 1874 y primer trimestre de 1875. Colaboraban en ella Milá y Fontanals, Dolores Montserdá, Narciso Oller, Bertrán y Bros, Francisco Schwartz, José Ixart, etc. Los originales de Menéndez Pelayo se encuentran en las páginas siguientes: Año 1874, pág. 86, Cervantes considerado como poeta.—Pág. 148, Crítica de varias obras de Cervantes publicadas por A. de Castro.—Pág. 263, Elegía. Trad. de Tibulo Pág. 363, Soneto a I. M.—Año 1875, págs. 6 y 43, dos Sonetos a I. M. (Belisa). Pág. 95, un Soneto traducido del portugués. Sobre la *Miscelánea* y la colaboración en ella de Menéndez Pelayo, dice Maluquer Viladot: *Menéndez Pelayo. Recuerdos de juventud. Diario de Barcelona*, 12 del VII de 1912.

[22] *Revista Histórico-latina*, núms. 9 y 10. Barcelona, 1875.

Los veinte años los atraviesa en plena lucha intelectual: impelido por Laverde, se ha lanzado a la famosa polémica de la ciencia española, en la que, tomando pie de la afirmación incidental de un krausista, que negaba la existencia de una tradición científica española, emprende una defensa cerrada de ésta, acumulando datos, descubriendo horizontes y exigiendo apoyarse en esta tradición para renovar España; defensa apasionada que sorprendió tanto por la erudición realmente asombrosa que revelaba, como por el ardor y la confianza con que fué llevada. Pronto debió luchar también contra otro frente, cuando su independencia y su desdén por la escolástica de segunda mano despertaron recelos entre los pensadores conservadores. Entonces, en nombre de su sinceridad y de su amor a la tradición española, ataca tanto a los krausistas traidores a ella como a los que, mientras cantan sus glorias, han de nutrirse de los reaccionarios franceses o de los manuales escolásticos alemanes. La historia de la polémica es bien conocida. Fué una explosión de españolismo, pretendiendo anclar en la tradición para renovarse. Pero aquí querría hacer notar, para reparar un olvido general, cómo fué su formación barcelonesa y el recuerdo de sus maestros, tanto como la influencia de Laverde, lo que hizo posible la actitud independiente de Menéndez Pelayo. [23]

---

[23] Toda la orientación de la polémica puede resumirse en estos dos párrafos de Llorens, que Menéndez cita expresamente al final de una carta a D. Juan Pidal, inserta en la segunda edición de *La Ciencia Española*: 1.º (contra los krausistas): «Cuando la civilización de un pueblo ha salido de sus corrientes primitivas, cuando la masa de sus ideas es más bien un agregado informa que un conjunto ordenado y su energía natural se ha gastado en empresas poco meditadas y en imitaciones serviles, no hay que esperar que la importación de una doctrina filosófica venga a llamar la vida a un cuerpo desfallecido y exhausto. Podrá acontecer en ocasiones que un sistema filosófico que lisonjee la pasión o se enlace con opiniones prácticas favoritas, se propague fácilmente y aun tome cierto aire que haga sospechar la existencia de un pensamiento propio, más, venidos al hecho, se desvanecerá esta apariencia, cuando fijemos la vista en lo hondo de la sociedad donde esto aconteciere, que allí descubriremos o una degeneración de su constitución íntima o un antagonismo entre el elemento propio y el extraño, accidentes todos que no pueden menos de traer a mal término la vida nacional.»

2.º (Contra los escolásticos puros): «El pensamiento filosófico no es un nuevo elemento de la conciencia humana, sino una forma especial que el contenido de la conciencia va tomando: Por manera que la masa de ideas elaboradas por

Si sus primeros contactos serios con la cultura, hubiesen tenido lugar en la Universidad de Madrid, escindida en dos bandos opuestos e irreconciliables, lo más probable es que hubiese caído, al menos durante un tiempo, en la influencia de uno de ellos, y sólo tras largos esfuerzos habría logrado una perspectiva más amplia. [24] Pero Menéndez Pelayo en Barcelona, no sólo había adquirido una abundante información de manos de buenos maestros, sino que había vivido el ejemplo de unos hombres que, sin fosilizarse en el pasado, lo estudiaban y lo amaban, creyendo preparar un renacimiento; que siendo muy modernos y muy europeos, no renegaban de su tradición; que siendo sinceramente católicos, reconocían la verdad donde la encontraban y no se encerraban en una capillita.

Como es natural, la polémica, que se prolongó durante varios años, y aun revivió tiempo después, cuando Menéndez Pelayo recogió sus textos en el volumen *La ciencia española;* fué coreada y aplaudida por sus amistades barcelonesas y encontró eco en la prensa. «Desde que saliste de Barcelona—le escribe Luanco en una carta—crece por acá la fama de tus hazañas. En vano despotrica el crítico Revilla en la *Revista Contemporánea*, pues aquí no hace prosélitos y hasta *La Renaixensa* le enderezó días pasados un artículo que, no por estar escrito en catalán, deja de tener sal y pimienta. [25] De todos sus antiguos maestros y amigos recibe testimonios de adhesión, como en este párrafo que copio de una carta de Rubió y Ors en ocasión de las primeras escaramuzas: «Con placer grandísimo y de una sola tirada, leí hace algunos días su filípica a Azcárate por insulto a nuestra patria, estampado en letras de molde en

---

cada pueblo debe ser la materia sobre la cual se ejerce la actividad filosófica», y también, «El pensamiento filosófico viene, naturalmente, a formar parte de aquel organismo invisible.»

[24] «Si Menéndez Pelayo—decía en 1881, es decir, en vida y con asentimiento de éste su íntimo amigo Rubió y Lluch—no se hubiese formado en Barcelona, donde encontró al mismo tiempo sabiduría y bondad cristiana, no habría dejado de ser un genio, pero sería o menos español o menos católico.»

[25] Al artículo de *La Renaixensa* puede añadirse una nota de Rubió en *El Correo Catalán* y los artículos posteriores de F. Malferrer en *La Veu de Montserrat.* (Vid. 1880, núms. 16 y 20.)

la tornasolada, pero venenosa *Revista de Madrid*. Le aseguro a usted que pasé un rato delicioso, que me bañaba en agua de rosas a cada mano de jabón que daba usted al ex profesor krausista, que tan de ligero habla, como todos los de su escuela, de lo que no sabe. Pero no sólo gozaba por los revolcones que usted daba al torpe sostenedor de la peor y más antipatriótica de las causas, sino porque el trabajo, además de la grande erudición y conocimientos bibliográficos que en usted revela, está escrito con una facilidad y con un donaire que encanta. Creo que haría usted un gran bien en imprimirlo por separado y darle toda la publicidad posible.» [26]

Pero la polémica, a pesar de su profundo sentido y del volumen que alcanzó, fué sólo un episodio en el desarrollo intelectual del joven Menéndez Pelayo. A los veinte años, su mente hierve de proyectos, la mayor parte acariciados desde sus tiempos barceloneses, y en primer lugar el plan de la biblioteca y del repertorio bibliográfico de traductores, que aumenta cada día, hasta que hace falta seccionarlo en estudios parciales, de los que el *Horacio en España* [27] es el primero, y en cierta manera el único en aparecer; mientras que su primera disertación en la clase de Milá es ya en su pensamiento un volumen sobre la historia de las ideas estéticas, que se transformará aún en una larga serie, a la hora de escribirlo, [28] y los Heterodoxos empiezan a

---

[26] Correspondencia de Milá, Rubió y Ors, Vidal y Valenciano, y, naturalmente, de su íntimo amigo y compañero Rubió y Lluch. Éste precisamente mantiene en la Juventud Católica, de la que es presidente, una polémica parecida, en la que se inspira en las ideas de Menéndez y que acaba por obligarle a renunciar el cargo. El mismo, años después, y con motivo de la publicación de *La Ciencia Española*, le expone por extenso y como tiene por costumbre, al aparecer cada uno de los libros de D. Marcelino, su opinión sobre la obra en una larga carta muy importante para conocer la postura independiente de Menéndez Pelayo y los sinsabores que le acarreó. A esta carta volveré a referirme más adelante.

[27] Para la extensa sección del *Horacio en España*, dedicada a la literatura catalana, Menéndez Pelayo puso a contribución el trabajo de todos sus amigos barceloneses, principalmente Rubió y Lluch, que le proporcionó la mayor parte de las noticias que allí figuran. La correspondencia de los dos amigos en los primeros años está dedicada casi exclusivamente a intercambio de datos bibliográficos en grandes cantidades.

[28] En la correspondencia con Laverde pueden seguirse las diferentes redacciones del plan de las *Ideas estéticas* (V. el resumen de estas cartas en Bonilla:

obsesionarle, obsesión a la que quizás no es ajena, como insinuaba, el contacto con las aficiones de Luanco. Y a todo esto tiene por delante unos años vacíos, ya que la ley no le autoriza a hacer oposiciones hasta cumplir los veinticuatro años. Es entonces cuando la Providencia viene en su ayuda. El Ayuntamiento de su ciudad natal, emocionado por sus éxitos, le concede una pensión para visitar las principales Bibliotecas del extranjero.

La gran peregrinación empieza con una visita previa a Portugal. Es sabido cómo la idea que el gran polígrafo tenía de España, incluía íntegramente la cultura catalana y la portuguesa, pero no se ha reparado bastante en que esto no era un *a priori* teórico, sino el fruto de una profunda experiencia. No sólo poseía sus lenguas y conocía por extenso sus literaturas, sino que procuró vivir su desarrollo cultural y se preocupó por sus problemas. No hay duda de que los años pasados en Cataluña y sus diferentes viajes a Lisboa, Valencia o Mallorca, conjugados con su vinculación montañesa, contribuyeron a formar su idea amplia y generosa de España.

El viaje por Europa empezó propiamente a la vuelta de Portugal (1877). La primera etapa termina, naturalmente, en Roma, donde se le abren los tesoros de la Vaticana, en aquel tiempo aun bastante impenetrables y desordenados, y a continuación visita diversas Bibliotecas y Archivos italianos. De Italia pasa a París, donde Morel Fatio, amigo y admirador de Milá, dirige la sección de manuscritos hispánicos de la Biblioteca Nacional, y allí trabaja hasta junio y entra en relación con otros hispanistas. El verano lo pasa en Santander y en este breve intermedio escribe el primer volumen de los *Heterodoxos*. Pues preparar material para esta obra ha sido el motivo capital de su viaje, aunque no haya dejado de comprar o de copiar todo lo hispánico que se le ha puesto a tiro. [29] Al comenzar noviembre, emprende

Menéndez y Pelayo) y el papel que en ellas desempeñan la literatura catalana y las ideas estéticas de Milá.

[29] Aunque el papel de Menéndez Pelayo como historiador de la cultura catalana pienso estudiarlo en otro artículo, hay que destacar la importancia inmediata de este viaje; así, sólo al llegar a Roma, tuvo la fortuna de descubrir

otra vez el viaje a París, pero ahora haciendo escala en Barcelona.

Su recuerdo, avivado por la fama, no ha dejado de vivir en Barcelona, [30] y se encuentra allí como en su propio ambiente. Vuelve a compartir la mesa con su tutor, que ahora ya sólo nominalmente lo es, en la pensión de D.ª Francisqueta, que se ha trasladado a la calle de Sacristanes, 7, pral., y sus antiguos maestros y compañeros le hacen una acogida emocionada. A pesar de que la mayor parte de su corta estancia la emplea en rebuscas en el Archivo de la Corona y en las Bibliotecas, [31] le sobra tiempo para enterarse y simpatizar con la efervecencia literaria que aquel año agita la vida barcelonesa.

He aquí un resumen de las noticias que Menéndez Pelayo escribe a su maestro Laverde. [32] El movimiento literario en Barcelona es intensísimo. Aguiló tiene recogidos catorce volúmenes de poesía popular, y prosigue la publicación de la *Biblioteca catalana*, en la que está a punto de terminar el *Tirant lo blanc* y prepara otras ediciones (Bernat Metge, etc.); Vidal y Valenciano prepara la edición de la versión medieval catalana del *Dante*, por Mn. Andreu Febrer; Bofarull ha llegado al VIII volumen de su *Historia de Cataluña*; Rubió y Ors escribe una refutación de Draper; Milá trabaja en la segunda edición del *Romancerillo catalán* y en un estudio sobre los *Orígenes del teatro catalán*; y, por sobre de todo esto, Verdaguer acaba de publicar *La*

una importante serie de manuscritos desconocidos de Arnaldo de Vilanova. Las noticias sobre sus actividades bibliográficas en estos viajes se encuentran en sus cartas a Laverde y en parte en algún artículo que mandó a *La Tertulia*, periódico de su ciudad natal.

[30] «La culta Barcelona, donde corre tu fama en boca de cien trompetas, e *ainda mais*.»—Correspondencia con Luanco.

[31] En la Biblioteca provincial barcelonesa tomó Menéndez y Pelayo curiosísimas notas para sus *Traductores*, viendo, entre otros, dos tomos de obras inéditas de Pedro Juan Núñez. El 5 de octubre fué al Archivo de la Corona de Aragón, donde halló varios opúsculos de la mayor importancia acerca de Arnaldo de Vilanova, obteniendo copias de todos ellos gracias a la amabilidad de Bofarull, que además le dió una carta de presentación para Mr. Paul Meyer, y le regaló algunos tomos de la *Colección de documentos inéditos* que publicaba el Archivo. Antes de salir de Barcelona tuvo la suerte de comprar la primera edición del *Tratado de las supersticiones y hechicerías*, de Pedro Ciruelo. (Bonilla, resumiendo una carta de Menéndez Pelayo a Laverde.)

[32] Correspondencia con Laverde. Año 1876.

Atlántida. Menéndez Pelayo habla en repetidas cartas a Laverde de este gran poema, cuya trascendencia advierte inmediatamente, del que aprende largos trozos de memoria, y que no dejará de elogiar hasta su muerte, siempre que se le presente la ocasión.

Después de una estancia de quince días en Barcelona, Menéndez Pelayo reemprende su viaje a París, y recorre luego las Bibliotecas belgas y holandesas (Bruselas, Amberes, La Haya, Amsterdam), y entra en relación con los principales romanistas, para los que Milá le ha dado cartas de recomendación, y en Navidades vuelve a estar en Santander para seguir redactando los *Heterodoxos.* [33] El trabajo acumulado en ocho meses le convierte definitivamente, a los veintiún años, en el primer erudito de España.

Ha llegado la hora en que debe estabilizar su porvenir, y justamente sus pocos años son un estorbo, ya que la ley vigente le impide opositar a cátedras. Mientras duda si hacerse Archivero, viaja por el Sur de España para familiarizarse con sus Bibliotecas, como antes lo hiciera con las extranjeras, viaje que, al mismo tiempo que le documenta bibliográficamente, le permite comprobar la pobreza y el abandono de gran parte de la vida provincial. En el curso de este viaje, muere Amador de los Ríos, y la influencia de amigos y admiradores consigue hacer votar una ley autorizando las oposiciones a los veintiún años.

Esta ley, y la fama que acompaña ya al nombre de Menéndez Pelayo, despiertan una gran expectación por las oposiciones. Milá, anciano y achacoso, retira la dimisión que tenía presentada y accede a trasladarse a Madrid y formar parte del tribunal, que preside Valera, cuando su exdiscípulo le convence de la posible utilidad de su presencia. [34] En realidad, la diferencia entre los opositores era demasiado grande para que pudiese haber lucha, y los ejercicios se convirtieron en una exhibición asombrosa,

---

[33] En enero de 1878 Vidal y Valeciano le escribe, comunicándole que ha sido nombrado miembro de la Academia de Bellas Letras de Barcelona. El dictamen fué informado por Rubió y Ors, Miguel y Bedia y Maspons y Anglasell.

[34] Correspondencia entre Milá y Menéndez Pelayo.

seguida con admiración en toda España. La superioridad de Menéndez Pelayo fué evidente desde la presentación del programa, preparado a toda prisa, y en el que hay visibles influencias barcelonesas, tanto en la parte de estética, como en el papel que reserva a las literaturas no castellanas. Refiriéndose a este aspecto del programa escribía años después su íntimo amigo Rubió y Lluch: «Los que tuvimos la suerte de asistir a ellas [las oposiciones], recordamos aún la energía con que sostenía la necesidad de que se incluya la historia de la literatura catalana en el programa de la española, contra sus contrincantes, quienes, por ignorancia o por desprecio, echaban la cosa a barato y se contentaban con acusarle de aficiones separatistas.» [35]

Su triunfo despierta el entusiasmo general, aunque con algunas reservas. En la Universidad Central, los profesores krausistas, numerosos en la Facultad de Letras, no asisten simbólicamente a su toma de posesión. En cambio, de Barcelona le llegan abundantes testimonios de adhesión, empezando por un telegrama de felicitación del Claustro de la la Facultad de Letras a su antiguo discípulo.

Desde que desempeña la cátedra, la vida de D. Marcelino trascurre plácidamente, repartida entre la clase en Madrid y la Biblioteca en Santander, donde pasa las largas vacaciones estivales dedicado, estos primeros años, a la redacción de los *Heterodoxos*. Su relación con Cataluña se limita entonces a la nutrida correspondencia epistolar. Su nombre vuelve a aparecer en los periódicos barceloneses con ocasión de su ingreso en la Academia de la Lengua, y la lectura de su discurso de entrada sobre *La poesía mística en España*, en el que tan bellamente alude a Verdaguer. En el coro de elogios, y frente a algunas voces aisladas de crítica, destaca la intervención de Antonio Rubió, que en una serie de artículos debuta como apologista de su condiscípulo y amigo, papel que tan a menudo y tan a gusto desempeñará.

Los tres artículos publicados en *La Veu* están dedicados

[35] A. Rubió y Lluch. *Menéndez Pelayo como catalanista. La Veu de Catalunya.*

exclusivamente a los lazos que unen a Menéndez Pelayo con Cataluña. [36] Da a conocer al público cómo el joven catedrático y académico se formó en Barcelona, y habla de la influencia que esta formación tuvo en su espíritu. No sólo se refiere a la simpatía entre el santanderino y sus maestros y condiscípulos, sino que insinúa una connaturalidad entre montañeses y catalanes. Cuenta anécdotas de su vida de estudiante, y cómo, al salir de Barcelona, Menéndez Pelayo conocía bien su lengua y su literatura. «Desde entonces el amor a las cosas de Cataluña ha formado parte—dice Rubió—de la misma naturaleza de Menéndez Pelayo, y en este sentido bien podemos asegurar que, con su talento y decisiva influencia en la literatura contemporánea, ha sido y está destinado a ser uno de los más fervorosos propagandistas de las letras catalanas, las cuales, tal vez en tiempo no lejano, deban a sus esfuerzos lugar más honroso y digno del que ahora ocupan entre los pueblos de la gran familia ibérica. En el libro, en la cátedra, en las conversaciones, ¡cuántas veces durante nuestras cortas estancias en la Corte han herido agradablemente nuestros oídos poesías catalanas en labios madrileños, y alabanzas de nuestros poetas modernos en boca de quienes hacían antes de ellos escaso aprecio! Y todo eso se debía a la influencia de Menéndez.»

Por otra parte, el nombre de Menéndez Pelayo era bien conocido en las grandes editoriales barcelonesas de final de siglo, que a menudo solicitaran su colaboración, hasta que el maestro se recluyó definitivamente en la tarea de sus grandes obras. Para la colección *Arte y Letras* tradujo varios dramas de Shakespeare [37] y seleccionó las traducciones de Horacio, que figuraron en una edición de lujo al gusto de la época. [38] Para Montaner y Simón tradujo y

---

[36] A. Rubió y Lluch. *Menéndez Pelayo como catalanista. La Veu de Catalunya.*

[37] Dramas de Guillermo Shakespeare: *El mercader de Venecia, Macbeth, Romeo y Julieta.* Traducción y advertencia preliminar por M. Menéndez Pelayo. Barcelona. Ed. *Arte y Letras*, 1881, 2.ª ed., 1907.

[38] *Odas*, de Quinto Horacio Flaco, traducidas e imitadas por varios ingenios españoles. Barcelona, 1882.

anotó la enciclopedia *Nuestro Siglo*, de Otto von Leixner. [39] Esta editorial, como otras, reclamó repetidas veces la colaboración de D. Marcelino, por ejemplo, la Ilustración Artística Popular para el *Diccionario enciclopédico hispano-americano* (en el que Menéndez Pelayo redactó los artículos *Amadís*, *Alcalde de Zalamea*, etc.), y para la gran *Historia de España*, que debía dirigir Valera. [40] En Barcelona publicó también el *Quijote de Avellaneda* y allí aparecieron prologados por él *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*, de su íntimo Rubió y Lluch; los *Diálogos literarios*, de Coll y Vehí; la segunda edición de *Lo Gayter de Llobregat* de Rubió y Ors, etc.

He citado ya un párrafo de estos artículos al hablar de las oposiciones. Rubió destaca, además, la firmeza de la opinión de Menéndez Pelayo en cuestiones que, incluso en Cataluña, no todo el mundo veía con claridad, concretamente, la unidad del catalán y su substantividad frente a la absurda y generalizada opinión que le hacía dialecto del provenzal. Recuerda también su empeño en que se erija una cátedra de Literatura catalana en la Universidad de Barcelona. Y después de pasar revista a estas muestras reveladoras de su simpatía por Cataluña, expone su contribución a la historia de la literatura catalana, que entonces—a los veinticinco años—era ya importante y prometía serlo aun más en el futuro, y sus juicios críticos sobre los escritores contemporáneos. Esta serie de artículos, que fué muy leída y comentada, consagró en el público intelectual catalán la amplia simpatía de que gozaba Menéndez Pelayo en el círculo de sus antiguos amigos.

Mientras tanto Menéndez Pelayo ha tenido algunos contactos con la política. Aunque su personalidad independiente y de miras nacionales le impida tomar partido en cuestiones pequeñas, colabora con los conservadores, con quienes enlaza mejor por su decidido catolicismo y su amor a la tradición española, y también por su poca simpatía

---

[39] *Nuestro Siglo*, por Otto von Leixner, traducido, revisado y anotado por M. Menéndez Pelayo. Barcelona. Montaner y Simón, 1883.

[40] Cf. *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, cartas 30 y 55, 286, 287.

por la intemperancia de los extremistas. Los conservadores procuran mimarlo por el lustre que da al partido, y él, por su parte, abriga algunas ilusiones sobre la regeneración que puede producirse al amparo de la *paz chiquita*, iniciada por la restauración, y quiere aportar su esfuerzo en la reforma de la enseñanza. El año 1883 los conservadores le eligen diputado por Palma, y con esta ocasión visita la Isla.

Esta visita dejó un grato recuerdo en el ánimo de don Marcelino. Encontró allí un movimiento literario hermano de *la renaixensa* catalana, pero con algunas características propias, así un clasicismo más acentuado, que no podía dejar de ser simpático a Menéndez Pelayo. Con sus hombres—Quadrado, Aguiló, Forteza, Roselló, Costa y Llovera—establece estrechas relaciones amistosas, que perduran en forma de correspondencia. Fruto de la visita, aparte la imaginable exploración de los Archivos, fué una magnífica conferencia sobre Ramón Llull, en la que repitió las ideas de *La Ciencia española* sobre la existencia de una filosofía española, exaltó la lengua catalana e hizo votos por la resurrección del lulismo. [41] Los mallorquines quedaron encantados con este diputado que, si se ocupaba poco de asuntos administrativos, demostraba, en cambio, un tan alto aprecio de su cultura y sus tradiciones, y se interesaba personalmente en la causa de la beatificación de Llull.

Pero la política, con sus preocupaciones menudas, resulta pesada para un hombre que hierve de proyectos intelectuales. Sin terminar aun la *Historia de las Ideas estéticas*, y embarcado en mil trabajos diversos, esboza el proyecto de una obra que revolucionará la historia de la poesía castellana: *La Antología de poetas líricos castellanos*. Este año (1884), al llegar a Santander, recibe la noticia, que le afecta profundamente, de la muerte de su antiguo maestro Milá y Fontanals, y la de que le ha dejado heredero de sus pape-

---

41 *M. Menéndez Pelayo*, Ramón Lluch. Discurso leído el 1 de mayo del año actual en el Instituto de las Baleares. Palma de Mallorca, 1884. Las cartas de mayorquines forman un núcleo importante en la correspondencia conservada de D. Marcelino. Figuran, entre otros, los nombres de los Aguiló (Estanislao, Mariano y Ángel), Alcore (Antonio y Juan), Obradór, Quadrado, Rosselló, Saporteza, Llabrés, Matheu, Forteza, Estelrich, Costa y Llovera, etc.

les. La deuda que con él tenía contraída Menéndez Pelayo como discípulo la pagó cumplidamente, reconociendo su magisterio sin regatearle elogios, trazando un retrato perdurable en la *Semblanza literaria*, de Milá, y publicando sus Obras Completas. [42] Esta empresa, piadosa pero pesada, la llevó a término en diez volúmenes, que aparecieron del 1889 al 1896.

Transcurren así unos años de vida igual e intensa, años que podemos llamar de la *Antología*, ya que, en realidad, la cronología de Menéndez Pelayo es la de sus obras, y en 1887 volvemos a verle en Barcelona cuando asiste como representante de la Academia y como invitado personal a la conmemoración de Milá y Fontanals, que celebra la Academia de Bellas Letras de Barcelona. El discurso conmemorativo corre a cargo de Rubió y en él se elogia grandemente a Menéndez Pelayo. Al día siguiente éste se traslada a Villafranca del Panadés, villa natal del maestro y donde reposan sus restos, y allí, a requerimientos de la familia, compone el epitafio para su tumba. Aunque el viaje a Barcelona ha sido muy rápido y corto, sus amigos encuentran tiempo aún para comprometerle a presidir los *Jocs Florals* del año siguiente.

Fué el año siguiente exhuberante para Barcelona. El ingente esfuerzo que había logrado ver realizado la Exposición Internacional, se veía recompensado con el éxito más lisonjero, y encuadrados en ese gran marco, se celebraron los Juegos Florales, coincidentes, además, con la visita a la ciudad condal de la Reina Regente, ante quien Menéndez Pelayo, como mantenedor, pronunció el discurso de gracias, exaltando el catalán y dicho—suprema gentileza—en catalán también.

El conjunto de las fiestas tuvo extraordinaria resonancia. Barcelona por aquellos días ocupaba un lugar desta-

---

[42] Obras completas del Dr. Manuel Milá y Fontanals. Barcelona. Año 1889 al 1896. Entre los papeles de Milá quedaron inéditos en la biblioteca de don Marcelino una gran cantidad de materiales folklóricos (cuentos, poesías, juegos, etc.), y su abundante correspondencia, para completar lo cual Menéndez Pelayo recibió de varios sabios europeos las cartas que guardaban de Milá. Esta correspondencia ha sido editada posteriormente por el Institut d'Estudis Catalans.

cado en la actualidad internacional, y no hay que decir que incluso la vida política madrileña se suspende momentáneamente para antender a lo que sucede en Barcelona. Las noticias cortesanas—dice un cronista madrileño—hay que buscarlas en Barcelona, porque allí está la corte y allí se ha volcado todo Madrid. [43] Los viajeros que regresan cuentan las sorpresas de la gran ciudad mediterránea, la maravilla de sus anchas calles trazadas a cordel y fastuosamente iluminada por el gas, sistema que es aun prácticamente desconocido en Madrid. En el entusiasmo del descubrimiento se advierte que Barcelona es el primer puerto de España, que el poderío de España ha estado siempre en el mar y que catalanas son las barras de su bandera. Llega a insinuarse que si en la gobernación del país abundasen más los catalanes, se hablaría menos y se construiría más, y, celebrando a la vez el esfuerzo industrial y el renacimiento literario, se aplaude la decisión de la Academia de la Lengua de admitir obras en catalán y el que haya concedido un premio a Federico Soler.

El acto de los Juegos tuvo extraordinaria solemnidad. [44] Se celebró en el palacio de Bellas Artes, constituído expresamente para la Exposición, y actuando de Reina de la Fiesta S. M. la Reina Regente. En la presidencia estaban las autoridades, representantes extranjeros en la Exposición, la plana mayor de la vida barcelonesa, y literatos de las diferentes regiones de lengua catalana. Sagasta, por entonces presidente del Gobierno, abrió el acto con una salutación en catalán. La flor natural correspondió a Mosén Jaime Collell, íntimo amigo de D. Marcelino, y entre los restantes poetas premiados estaba uno de sus condiscípulos: Pablo Bertrán y Bros. Al final, el mantenedor pronunció su discurso de gracias a la reina de la fiesta.

---

[43] Lo que sigue es resumen de una Crónica de Madrid, publicada en el *Diario de Barcelona* (23 de mayo de 1888).

[44] La reseña de los actos en que intervino Menéndez Pelayo puede verse en la prensa barcelonesa *(Diario de Barcelona*, 28, 29 y 30 de mayo, 1888). Por aquellos días su condiscípulo Franquesa y Gomis publicó en la *Ilustració Catalana* los artículos sobre sus años universitarios a que antes aludí y que por lo que evocaban impresionaron profundamente a D. Marcelino.

SENYORA:

Lo Consistori dels Jochs Florals de Barcelona, possehit de pregon respecte y sincer entussiasme, ve, en aquest trigéssim aniversari de sa restauració á rebrer honra tan gran con may pogueren somniarla aquells literats modestos que en una época que ja comensa a ser llunyana, alsaren de la pols la oblidada lira de sos passats y tingueren lo valor de renovar lo cant en la llengua que mamaren ab la llet materna

Ja ho haveu sentit, Senyora. Eixa llengua, rebrot generós del tronch llatí, jeya, no fa mitj segle, en trista y vergonyosa postració. Fins son nom propi y genuí se li negava, ni ¿qui li havía de coneixer sots la disfressa d'aquelles peregrines denominacions de *llemosina* y *provensal* ab que solian designarla 'ls pochs erudits que's dignavan recordarse d'ella, encara que fos per donarla per morta y rellegarla desdenyosament a algun museu d'antigalles? Es cert que en los llavis del poble la llengua continuava vivint, mes ¡que diferenta d'aquell *bell catalanesch* que En Muntaner parlava!

Rompuda la tradició, cadena d'or de les edats, triomfant per tot arreu lo neologisme, silenciosa la parla de les Muses, a no ser en pochs y devegades hermosos cants, que eran como fochs-follets que feyan encara mes visible la obscuritat y negror de la nit; sols un miracle patent podia salvar la parla catalana de sa ruina y afanyosa descomposició y del aviliment en que per forsa ha de caurer la llengua que, abdicant la corona imperial de la ciencia y de la poesía, 's resigna als usos de trivial e informe dialecte.

Y aquest miracle Deu volgué que's cumplís. Deu que va fer curables als indivíduos y als pobles, y que'ls torna la memoria quant los hi fa mes falta, consentí que *la morta* s'aixequés de son sepulcre y comensés a parlar com si fos viva.

Y aquí la teniu, Senyora, llansant de sos llavis lo doll de la paraula armoniosa y eterna. Es la mateixa parla arrogant que un dia ressoná per tots los contorns del Mediterrani: la que sentiren sotsmesos l'Etna fumejant y la gentil serena del Pausílipo: la que feu estremir les ruines de la sagrada Acrópolis ateniense, y les afraus isardes de la Armenia: la llengua que com anell novial deixá. 'l Rey Conqueridor a Mallorca y a Valencia: la llengua en que dictavan ses lleys y escrivian ses gestes aquells gloriosos prínceps del Casal d'Aragó, qual corona reposa sobre 'l front de vostre fill amigablement enllassada ab la corona d'Alfons lo Savi.

Y per això, Senyora, sou vinguda a escoltar amorosament los accents d'aquesta llengua no forastera, ni exótica, sino espanyola y neta de tota taca de bastardía. Vostre generós y magnánim esperit comprén que la unitat dels pobles es unitat orgánica y viva, y no pot ser aqueixa unitat ficticia, verdadera unitat de la mort: y conprén també que les llengues, signe y penyora de rassa, no's forjan capritxosament, ni s'imposan per forsa, ni 's prohibeixen, ni's manan per lley, ni's deixan, ni's prenen per voler, puig res hi ha mes inviolable y mes sant en la conciencia humana que'l *nexus* secret en que viuhen la paraula y 'l pensament. Ni hi ha major sacrilegi y ensemps mes inútil que pretendre engrillonar lo que Deu ha fet espiritual y lliure: lo verb humá, resplandor debil y mitj esborrat, peró resplandor al fi de la paraula divina. Y entre totes les formes de la paraula humana, ¿quína mes de mal tórcer y mes indócil a tota imposició que la paraula artística, la paraula del poeta, ni quín poeta ha d'esser lo quí's veja forsat a traduhir son pensament y a buidarlo en un motllo estrany, y comporte en sí mateix lo trist divorci de la idea y de la forma, como si en l'art la idea no fos ja una forma y se la pogués concébre escarida y nua, semblant a una ánima desterrada que va cercant frissosa un cos ahont albergarse? La Historia 'ns diu que en lo llarguíssim período de mes de tres centuries en que'ls catalans deixáren de conrar son patri idioma, en lo llarguíssim período que va

de Boscán fins a Cabanyes y Piferrer, ni un sol poeta de primer orde, ni ab prou feynes de segon, nasqueren en esta terra catalana, y pel contrari, tan bon punt renasqué la llengua, rebrotá ab ella 'l sentiment poétich, talment com se poblan les boscúries d'aucells cantadors a la tébia y amorosa alenada de la primavera.

Tot aixó ho sabeu y ho sentiu, Senyora, ab delicadesa de dona, ab esperit de sobirana. Y ¿quí pot dubtar que en aquest dia obté 'l Renaixement catalá la sanció suprema, ab dignarse vostra ma augusta aceptar la flor simbólica de nostres certámens, flor modesta y humil, ja ho veyeu, verdadera flor poética, símbol de pau y d'amor, no símbol de somiades rebeldies, ni de discordies, ni d'agravis. Y vulla Deu, Senyora, si alguna boyra, deixa de passats erros y tempestats, s'interposa encara entre l'ánima de Catalunya y l'ánima de Castella, tan fetes per estimarse y per compendres, que cayga desfeta davant de Vos, que sou l'amor d'abdós pobles juntats en un.

Tals son los vots que en esta diada formula 'l Consistori per boca del últim de sos membres, pero 'l més desinteressat en est cas, y per aixó precisament elegit. No sols perque confonch en mon afecte de germandat y de rassa a totes les gents iberiques en abdós mons espargides, sino perque essent lo castellá ma llengua nadiva, deguí a Catalunya una part molt considerable de ma educació literaria; y catalá fou lo mes savi y 'l millor de mos mestres, y tot aixó 'm lliga estretament a Catalunya, tenint alguna cosa de pietat filial aquest meu afecte.

Perdonau, Senyora, que haja parlat de mí en tan alta ocasió en que sols deuria haverhi paraules per una gran Reyna que doblement nos presideix, y per una gran poesía que renaix. Jo necessitava dirvos quelcóm que'm vessava del pit, y esplicar de pas o disculpar ma presencia en aquest lloch, al costat d'homes que son ornament gloriós de les lletres catalanes en les quals apenes he gosat penetrar com deixeble y aficionat. Mes hi ha coses que'ls propis no poden ni deuhen dir, perque en ells semblaria vanagloria, y per dir aqueixes coses solem servir los forasters.

Rebi de nou Vostra Majestat l'homenatje de gracies que en nom de Catalunya li tributa aquest Consistori, y rebin també 'l testimoni de nostre mes coral afecte totes les corporacions y persones que han contribuit al lluhiment d'aquesta solemnitat sens exemple, que ab apariencies de regional y exclusiva, es en lo fons una de les més enérgiques afirmacions del sentit tradicional de la nación espanyola.»

En otro artículo tendremos ocasión de hablar con mayor extensión del pensamiento de D. Marcelino, y entonces deberemos referirnos otra vez a ese discurso, donde resume algunas de sus ideas capitales sobre el renacimiento de la lengua y la literatura catalana. Baste decir ahora que al pronunciarlo fué acogido con ruidoso entusiasmo. En la comida en Miramar, que inmediatamente después del acto reunió a los literatos concentrados en Barcelona para la fiesta, el mantenedor tuvo que dar lectura por segunda vez, y entre aplausos, a su discurso. Al día siguiente, Menéndez Pelayo tomó parte en una velada con que el Ateneo Barcelonés obsequiaba a las personalidades literarias españolas que se encontraban en Barcelona (Menéndez, Llorente, Pérez Galdós, Pardo Bazán), y al final tomó la palabra para recordar que era en aquella misma sala donde había escuchado los primeros aplausos. Entre aplausos recitó la *Epístola a Horacio* y la emoción no le dejó terminar la *Nueva primavera.*

No creo atrevido afirmar que este fué un día de plena satisfacción en la vida de Menéndez Pelayo, más abundante en desilusiones de lo que las apoteosis póstumas nos acostumbran a hacer imaginar. En este momento aun cree en la posibilidad de que España sacuda rápidamente el marasmo político, y en la empresa de esta renovación el ejemplo de Cataluña, floreciendo a la vez industrial y artísticamente, le parece un factor esencial, en el que se conjugan dos de sus ideas más caras, el profundizar en la tradición para renovarse y el odio a la uniformidad y el centralismo, en beneficio de una España viva y orgánica, en la que cada

elemento con su propia actividad colabore a la vida del conjunto. Con el correr de los años estas perspectivas se harán cada vez más lejanas, y Menéndez Pelayo irá desesperando de contemplar tal renovación, mientras que el catalanismo irá trazándose unos derroteros, con los que ya no podía estar de acuerdo. Pero por graves que sean sus desengaños en ambas direcciones, Menéndez Pelayo no renegará nunca de estas ilusiones, y el recuerdo de aquel día, en que, como mantenedor de los Jochs Florals, ofreció a la Reina el fruto de cincuenta años de *renaixensa* catalana, no se apartará de su memoria.

Todos los que han estudiado la obra de Menéndez Pelayo están de acuerdo en constatar hacia esta época un cambio en su mentalidad, cambio que ponen en relación con la muerte de Laverde, ocurrida en 1890. Ciertamente, la muerte de quien había sido su orientador constante, desde que se lanzó a la polémica de *La Ciencia Española*, fué la causa ocasional más importante de este cambio, pero su proceso venía ya de antiguo preparado. Es un proceso que desde diferentes puntos conduce a un mismo resultado: replegamiento y profundización. [45]

Replegamiento en primer lugar de las actividades públicas. Los ambientes aristocráticos, en que Valera había sido su mentor, no resultaban los más adaptados al temperamento de D. Marcelino, escasamente dotado para la vida de relación, y a medida que su situación en ellos se hizo menos airosa, y la costumbre difuminó su aureola de portento, los abandonó casi en absoluto. Tampoco la política le produjo mayores satisfacciones. Si al hacer sus primeras armas en ella, creía sinceramente poder colaborar con el brillo de su nombre y el entusiasmo de su fe, aunque sólo fuese como técnico o como aficionado a la política, a una auténtica tarea de renovación, pronto perdió tales ilusiones. A lo largo de sus escritos, el panorama de una futura España regenerada, se hace cada vez más lejano y es menos

[45] La historia de este ensimismamiento puede verse en las diversas biografías de Menéndez Pelayo. Sobre sus consecuencias en el orden intelectual, véase el excelente libro de Laín Entralgo: *Menéndez Pelayo.*

fuerte la tentación de una actuación personal y directa para promoverla. Por otra parte, su carácter era el menos adecuado que puede imaginarse para desenvolver entre las mil recomendaciones y compromisos que asedian al hombre público, y no es maravilla, por tanto, que su etapa política terminara pronto.

Pero al mismo tiempo, el replegamiento se efectúa también en las actividades intelectuales. Don Marcelino no volverá a intervenir en polémicas ruidosas, no esbozará planes ambiciosos de renovación cultural, no volverá a escribir versos, y los problemas filosóficos dejarán de ocupar el primer plano de su atención. Basta repasar el catálogo de sus publicaciones para advertir que el vasto campo de temas que abarcan los títulos aparecidos hasta esta época se poda implacablemente en beneficio de una sola rama: la historia crítica de la literatura española. A ella se sacrifican las restantes aficiones intelectuales y también otras orientaciones que a su vida podía haber dado. El resultado es la vasta serie de volúmenes que, con impresionante regularidad, aparecen hasta su muerte. Puede decirse que durante estos años la biografía de Menéndez Pelayo se resume a la cronología de sus obras. El año 90 sale de la imprenta el primer volumen de la *Antología de poetas líricos castellanos*, y empieza la edición de la Academia de las *Obras de Lope de Vega*. El 93, la *Antología de poetas hispanoamericanos*. El 95, los *Orígenes de la novela*, y, en seguida, la preparación de sus obras completas. El 98 deja la cátedra universitaria para encargarse de la Dirección de la Biblioteca Nacional, más en consonancia con su tipo de trabajo, y se le ofrece el *Homenaje a Menéndez Pelayo* en el XX año de su profesorado.

Pero este progresivo ensimismamiento tenía también su contra partida; la sociedad no perdona fácilmente al que prescinde de ella, y a medida que Menéndez Pelayo se aisló tuvo que sentir con mayor fuerza el peso de su soledad. Su talento, su memoria, su capacidad de trabajo perdieron su aureola de milagro el día que el público se hubo acostumbrado ya a ello, y pudieron empezar las críticas. La

gente de izquierda, reconociendo su saber, no podía olvidar que era un *neo* rematado, y los ambientes católicos y conservadores, que habían saludado alborozados su aparición en la lucha, encontraban incómoda la independencia de sus posiciones, tanto intelectuales como políticas. [46]

Empezó a forjarse la imagen de un D. Marcelino, portento erudito, apto para lucirlo ante los sabios del extranjero, pero inaprovechable en la vida cotidiana de la nación, y Menéndez Pelayo conoció las críticas de detalle, las reservas y muchas veces el vacío.

En su correspondencia, más que en las obras impresas, hay que buscar los testimonios de esta soledad. He aludido ya a una larga carta de Antonio Rubió y Lluch, a raíz de la publicación definitiva de *La Ciencia Española*, en la que después de desmenuzar la obra y repetir su acuerdo punto por punto con todo lo que en ella se dice, su canto a España, a su filosofía, a la Iglesia, a los jesuítas, le recuerda: «Cuando apareció, todos los católicos te aplaudieron. ¡En aquellos tiempos no se había introducido el gusano roedor de la política de partido, y se reconocían como católicos puros a los que luego han querido infamarnos con el calificativo risible de mestizos¡ Hoy, no pudiendo hacer otra cosa, se te abruma con la infame conspiración del silencio, se olvidan tus méritos en la defensa de la verdadera santa causa, se te mira con lástima como próximo a caer en la herejía, a ti, el autor de los *Heterodoxos* y de *La Ciencia Española* y de la Apología de los jesuítas expulsos en tiempos de Carlos III!..., y mientras se preparan suntuosas ediciones políglotas de libros, de cuyo valor dudoso la posteridad ha de decidir, aun cuando hoy la resuelva de plano la pasión de partido, preñada de odios y de rencores; ni una modesta gacetilla laudatoria se te reserva en las columnas de los

[46] Copio como ejemplo un *alfilerazo* provocado por unas frases elogiosas de Menéndez Pelayo a Galdós: «Marcelino fué por vino, perdió el jarro en el camino; pobre jarro, pobre vino, pobre cuerpo de Marcelino. Donde dice vino, pongan ustedes vanagloria y provecho corriente y añadan el alma al cuerpo del último verso—aunque resulte más largo que las narices de Sánchez Toca—y tienen ustedes la historia del *gran* Marcelino, del *insigne* Marcelino, reducido hoy a la mínima expresión... *Pobre hombre.*» (*El Siglo Futuro*, 2-II-1901.) Los ejemplos podrían multiplicarse.

periódicos que se titulan católicos por excelencia, para tus obras de trascendental importancia y de provecho inmenso para la mayor gloria del catolicismo.»[47] Un eco dolorido de estas expansiones epistolares resuena en el siguiente párrafo de *Las Ideas Estéticas*: «El silencio y la indiferencia de la crítica son tales, que si no nos alienta ni estimula, tampoco nos molesta ni perturba. Como apenas somos leídos, libres somos para dar a nuestras ideas el desarrollo que tengamos por conveniente, y quien tenga la fortaleza de ánimo necesaria para resignarse a este perpetuo monólogo, podrá hacer insensiblemente su educación intelectual por el procedimiento más seguro de todos: el de escribir un libro cuya elaboración dure años.»[48]

En estos años que van de los Juegos Florales del 88 a la elección de presidente de la Academia de la Lengua, su relación con Cataluña es muy intensa, aunque limitada a la forma epistolar. En otro artículo hablaré con detalle de esta nutridísima correspondencia—sólo de Barcelona he contado más de 200 corresponsales en los legajos que se guardan en su Biblioteca santanderina—en la que figuran todos los nombres relevantes de la vida catalana de finales de siglo. Muchas de estas cartas son simples consultas, en las que, amparándose en la fórmula: «usted, que lo sabe todo», cualquier investigador o literato le plantea las más peregrinas cuestiones, como si D. Marcelino fuese un fichero abierto a la curiosidad de todo el mundo. Pero abundan también, y no sólo con sus íntimos, las cartas de preocupación e incluso de discusión de la actualidad literaria y política en Cataluña. Así, cuando Mañé y Flaquer, cabeza visible del tradicionalismo en Cataluña, escribe un libro en defensa del regionalismo, Menéndez le pide y recibe amplias explicaciones.[49] Finalmente, muchos escritores recibieron orientación y estímulo para seguir escribiendo en catalán de manos del maestro. Narciso Oller y Costa y Llovera

---

47 Carta de A. Rubió y Lluch a Menéndez Pelayo, 17 de julio de 1897.
48 *Historia de las Ideas Estéticas*, tomo V, año 1891.
49 Correspondencia guardada en la Biblioteca de Santander

están entre ellos. [50] Como ejemplo de esta presencia constante de Menéndez Pelayo en la vida intelectual barcelonesa voy a narrar su intervención en dos hechos poco conocidos, reconstruyéndolos según su correspondencia.

D. Leopoldo Rius era un modesto comerciante a quien una *vocación secundaria* había llevado a coleccionar ejemplares del *Quijote*, hasta convertirse en pocos años en el primer coleccionista español de temas cervantinos. Esto le llevó a proyectar una amplísima bibliografía cervantina donde figurasen todas las papeletas que sobre ediciones, traducciones, imitaciones, juicios críticos, retratos, etc., con paciencia benedictina había recogido, y no fiándose de su escasa preparación literaria escribió a D. Marcelino, quien no sólo le animó, sino que se ofreció a revisar todas las pruebas y a escribir un artículo original para el libro. Así empezó a tirarse la *Bibliografía cervantina*, mandando Rius cada pliego a Santander a medida que se imprimía para que D. Marcelino los devolviese con sus indicaciones y rectificaciones. Pero Leopoldo Rius estaba ya muy viejo cuando emprendió este trabajo, y sus asuntos económicos andaban de mal en peor, de manera que no había pasado de ver impreso el primer volumen de los tres que debían constituir la obra cuando le sorprendió la muerte. Entonces Menéndez Pelayo, dolido de que tal cantidad de trabajo se perdiese, presionó a su íntimo amigo el eminente cervantista barcelonés Isidro Bonsoms para que por todos los medios se continuase. Así se llevó a cabo finalmente, encargándose otro amigo, Eudaldo Canivell, de la edición; Oliva, el bibliotecario e impresor vilanovés, de la impresión, y corriendo Bonsoms con los gastos. Menéndez Pelayo continuó corrigiendo todas las pruebas del libro y escribió para él un artículo sobre el Quijote de Avellaneda. [51]

---

[50] En su ancianidad escribió Narciso Oller una preciosa historia de su vida literaria—inédita hasta hoy en que se narra extensamente la amistad y la influencia de Menéndez Pelayo y de otros hombres ilustres (Pereda, Galdos, Valera, etc.), en su obra.

[51] Leopoldo Rius, *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, 3 vols. (Madrid, 1895. Villanueva y Geltrú, 1905). Correspondencia con Rius, Canivell y Bonsoms en la Biblioteca de Santander.

También se debió al interés de D. Marcelino la publicación del *Diccionario Catalán*, de Aguiló. D. Mariano Aguiló, bibliotecario de la Universidad de Barcelona y gran amigo de D. Marcelino, había ganado en 1860 un premio de la Real Academia de la Lengua por una colección de papeletas de obras impresas en catalán. No considerando completo su trabajo pidió y obtuvo permiso para completarlo antes de darlo a las prensas, y la muerte le sorprendió sin poder ver concluída una obra que llevaba ya trazas de no concluirse nunca. D. Marcelino, dolido porque tanto esfuerzo quedase inédito, escribió a Ángel Aguiló, hijo de D. Mariano, ofreciéndole su apoyo, y logró que Rivadeneyra le encargase la continuación de la edición de la obra de su padre. A pesar del interés continuo de Menéndez Pelayo y del trabajo de Ángel Aguiló, sucesor de su padre en la Biblioteca, la obra no llegó a aparecer en vida de D. Marcelino; pero en el prólogo Ángel Aguiló hizo constar lo que la obra debía a sus desvelos. «La muerte de D. Marcelino, poco tiempo antes de poder terminar su impresión, condenó nuevamente este catálogo a la primitiva orfandad en que le había dejado mi difunto padre, y esta introducción, que es ahora leve muestra de respeto filial, no podrá constituir un título de gloria para el autor de esta obra, como lo hubiera resultado escrito por el llorado maestro.» [52]

El proceso de aislamiento e incomprensión a que antes aludía, culminó en la elección de presidente de la Academia de la Lengua Española. Visto desde hoy nos resulta difícil imaginar que alguien intentase medirse con la fabulosa actividad de Menéndez Pelayo en beneficio de la lengua y la literatura española, y, sin embargo, resultó elegido D. Alejandro Pidal, cuya actividad literaria era casi nula, con 16 votos en favor contra tres que obtuvo D. Marcelino. [53]

---

[52] Mariano Aguiló, *Catálogo de las obras en Lengua Catalana impresas desde 1474 hasta 1860*. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra, 1927.

[53] La historia de esta elección puede verse en M. Solana: *Menéndez Pelayo, candidato a la dirección de la Real Academia Española.—Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 1946, núm. 1. Buen reflejo de la actitud de los medios *bien pensantes* es la forma en que el cronista en Madrid del *Diario de Barcelona*, órgano conservador, informaba a sus lectores: «Los rotativos quisieron imponerse a la Academia de la Lengua, levantando frente a la candidatura de don

El hecho no se produjo sin comentarios. Los intelectuales, más o menos liberales e independientes, protestaron, y la prensa de izquierda se rasgó las vestiduras ante el oscurantismo de los *neos*. Los públicos incondicionales de Menéndez Pelayo, y entre ellos el de Barcelona, manifestaron también su desagrado. Pero la votación había sido demasiado contundente, y lo fué más aún cuando la confirmación al año siguiente, para no tener un valor significativo.

Como ya he dicho, en Barcelona la reacción de desagravio a D. Marcelino fué muy intensa, y se concretó en un mensaje, que firmaron un gran número de intelectuales, mensaje que en su texto catalán se publicó en el *Homenaje al Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo*, editado por la revista *Ateneo* de Madrid, y que a continuación traduzco:

«Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Muy egregio señor: Acostumbrados los que suscriben a poner los fueros del intelecto por encima de toda razón de jerarquía oficial, se creen en el caso de proclamar hoy una doble admiración: la que sienten ante vuestras insólitas facultades y la que produce a todo el mundo el hecho de haberse desconocido aquéllas en la última elección presidencial de la Academia Española.

Vuestro preclaro ingenio, la amplitud portentosa de vuestro espíritu, que tiene puestas profundas raíces en cada uno de los pueblos de la vieja Iberia, y que por ellas absorbe todas las lecciones y sustancias que componen su patrimonio, os han permitido realizar en vuestra obra literaria la más grande integración hasta hoy conocida de la armonía que preside a tanta variedad de partes, actitudes e ingenios. Nadie como vo sha podido sentirse consustancial con

---

Alejandro Pidal para la dirección de la docta Corporación, vacante por fallecimiento del Conde de Cheste, la del Sr. Menéndez Pelayo. Escribieron, hicieron rodar las máquinas, publicaron una carta y perdieron el tiempo. Rechazaban a Pidal, porque es Pidal, pero los méritos de este orador elocuentísimo de larga historia, se han impuesto, y puede decirse que todos los académicos han votado a D. Alejandro Pidal, y el primero el Sr. Menéndez. Los rotativos se han puesto en ridículo y no me pesa» *(Diario de Barcelona*, 25 de septiembre de 1906). Todo esto sin perjuicio de que Rubió y Lluch defendiese su causa desde las mismas columnas del periódico.

todas ellas y magnificar y engrandecer en España el sentido de la historia. Habiendo devenido por esto mismo el vínculo casi solitario, pero firme y poderoso, de su unidad espiritual.

Así os comprenden y admiran los suscritos y por esto les duele que no haya podido trasmitirse a la Academia Española la sabia generosa que bulle en vuestros libros y ensanchar en la medida de vuestro concepto de la cultura hispánica, la influencia que corresponde a la corporación, y que no puede dejar de interesarnos ni en sí misma, ni por la conexión con que se presentan en la historia todas las literaturas peninsulares. Recibid, pues, el homenaje de nuestra más cordial simpatía, en la expresión de lo cual creemos, sin adulación y vanagloria, resumir el sentimiento de todos.» [54]

Por lo demás, este testimonio de adhesión de los intelectuales catalanes no constituyó un episodio aislado, sino que una serie de hechos significativos dan a entender claramente que, a medida que se agrandaron las diferencias entre Menéndez Pelayo y sus contemporáneos y aumentó su melancolía, hubo en Cataluña un decidido propósito de manifestarle comprensión y afecto.

Ya la desagradable historia de la elección presidencial que en D. Marcelino, fácilmente excitable y susceptible, produjo una honda y duradera amargura, tal vez excesiva, coincidió con el *Congreso de la Lengua Catalana*, en el que Menéndez Pelayo había sido nombrado con anterioridad para una de las presidencias de honor. Imposibilitado, a pesar de los esfuerzos de los organizadores, de asistir a los actos que se celebraron en Barcelona, su discípulo,

---

[54] Firmaban el mensaje: A. Rubió y Lluch, Juan Maragall, Miguel de los Santos Oliver, J. Massó Torrents, Joaquín Casar Carbó, J. Pijoan, José Martí-Sabat, Manuel de Montolíu, Juan Givanel, J. Brossa, M. Utrillo, Amadeo Hurtado, Arnaldo Martínez Seriñá, Joaquín Pena, Pablo Spínola, A. Colomé, Rafael Reyes, J. Cortés y Aguiló, Manuel Ventosa, J. Pons y Pagés,. J. Carner, Santiago Rusiñol, Gabriel Alomar y J. Torrendell. El oliginal catalán de este mensaje puede verse en *Ateneo*, revista mensual. Madrid, 1906. *Homenaje al Excelentísimo Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.* En el mismo homenaje figura un artículo de Rubió y Lluch y adhesiones de Juan Estelrich, José M. Matheu. etcétera.

Bonilla y San Martín, pronunció en la sesión inaugural un discurso en elogio del catalán, inspirado en el que su maestro leyera en los Juegos Florales de 1888, y en la sesión de clausura repitió la adhesión de Menéndez Pelayo a los objetivos de la reunión. Copio de las actas del Congreso:

«El profesor de la Universidad de Madrid, D. Adolfo Bonilla y San Martín, lee una carta de Menéndez Pelayo. Dice ésta que lo avanzado de la estación y el estado de salud no le permiten asistir al Congreso ni presentar ninguna comunicación, pero que está con él en espíritu, y hace constar que se ratifica en todo lo que ha escrito en sus libros en favor de la lengua y de la literatura catalanas, y que lo sostiene en toda su integridad y repite que tendría muchísimo placer en venir más adelante a Barcelona, de la que conserva tan buenos recuerdos de estudiante. Estas manifestaciones hacen estallar una gran ovación.»

»Añade el Sr. Bonilla que después de esta carta no le queda más que decir. Sólo añade que ha visto cómo este pueblo es grande por la tradición, por la historia, por los hechos y por el entusiasmo de sus ideas, y que cuando vaya a Castilla sólo dirá: «No os pido sino que me ayudéis en este entusiasmo que traigo de Cataluña. Si nosotros conseguimos que este entusiasmo hierva en todas las tierras españolas, haremos de nuestra patria una de los más gloriosas del mundo. Grandes aplausos apagan la voz del orador.» [55]

Pocos meses después de la clausura del Congreso tuvo lugar la elección de presidente de la Academia, y a raíz de la elección definitiva celebrada el año siguiente, Rubió y Lluch le escribe invitándole al homenaje que la Universidad va a dedicar a la memoria de Milá, ofreciéndole la simpatía de sus amigos y el cariño del pueblo barcelonés como paliativo a la reciente derrota. D. Marcelino aceptó el ofrecimiento en nombre de su culto a Milá y su afecto a la Universidad barcelonesa.

Fué en este acto de homenaje en el que Menéndez

[55] *Actes del primer congrés internacional de la llengua catalana.* Barcelona, 1908, p. 672.

Pelayo pronunció su maravillosa *Semblanza* de Milá, de la que al principio de estas notas transcribía los párrafos que se refieren a la Universidad de Barcelona. Para comprender el valor de este discurso hay que advertir que hacía mucho que el catalanismo había sobrepasado la etapa puramente romántica que Menéndez Pelayo conoció en los días de su juventud o la de renacimiento regional que había culminado en la Exposición y los Juegos Florales del 88, para convertirse en candente y espinoso problema político, contestando con la más exaltada estridencia a la falta de comprensión que el movimiento había encontrado en el resto de España. Pero D. Marcelino, que alguna vez había establecido netamente su posición frente al catalanismo político, pensaba que la falta de contacto y de comprensión era la mejor manera de ahondar el problema, y en vez de encerrarse en un fácil mutismo, prefirió, en circunstancias en que los ánimos estaban excitados y cualquier intervención era mal interpretada, repetir en Barcelona su fe en la grandeza de Cataluña y en los destinos de España. Estas consideraciones son necesarias para comprender el entusiasmo que produjo el discurso y el crédito ilimitado de gratitud que Cataluña abrió desde entonces a Menéndez Pelayo.

El acto tuvo lugar en el Paraninfo de la Universidad. [56] En presencia del Rector, las autoridades y un numeroso público se descubrió el busto de Milá—al que pocos años después iba a acompañar el del propio D. Marcelino—y en ausencia de su autor, el Dr. Daurella leyó la biografía del maestro, escrita por Rubió y Lluch. A continuación Menéndez Pelayo leyó su discurso, escrito de un tirón la noche anterior en la habitación del hotel, y que fué recibido con una salva de aplausos, que le acompañó hasta la salida de la Universidad.

Al día siguiente Menéndez Pelayo volvió a leer el discurso en el acto conmemorativo celebrado en el Ateneo y

[56] La relación de estos actos puede verse en la prensa barcelonesa (*Diario de Barcelona*, 9, 10, 11 y 12 de mayo de 1908). Véase, también, la amplia crónica de *La Cataluña* (16 de mayo), y en ella un significativo artículo de M. Montolíu, en el que se dice: «Menéndez Pelayo debía venir con más frecuencia, y no sólo por simpatía, sino por razones de más alta conveniencia.»

al que concurrían las más destacadas figuras de la vida intelectual barcelonesa. Presentando al orador el presidente del Ateneo, se limitó a decir: «Esta insuperable maravilla, que se llama Menéndez Pelayo, va a hablaros de Milá.» También esta vez los aplausos entrecortaron el discurso y una salva lo coronó. Finalmente, al otro día Menéndez Pelayo se trasladó a Villafranca para asistir a la colocación de la primera piedra del monumento que la villa dedicaba a su ilustre hijo Milá. Los villafranquinos se desvivieron por dar solemnidad a la fiesta, de la que no era el menor atractivo el poder contemplar personalmente al célebre don Marcelino que, con el Cardenal Cassanyes, el Obispo Torres y Bages y el Gobernador Osorio, presidían los actos, y estrenaron y cantaron con el mayor entusiasmo el *Himno a Milá.* Antes del regreso aun cumplió D. Marcelino un piadoso deber rezando un padrenuestro ante la tumba de su también antiguo maestro, buen literato y amigo, Cayetano Vidal y Valenciano. «El Sr. Menéndez Pelayo—termina la crónica del *Diario de Barcelona*—regresó a la capital en el tren que sale de Villafranca a las cuatro y media, siendo vitoreado por los estudiantes», y el día siguiente: «en el expreso de anoche regresó a Madrid el Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, a quien despidieron en la estación numerosos literatos y los individuos de la Comisión organizadora del cincuentenario de los Juegos Florales.»

Entre otras expresiones de simpatía que por este tiempo Menéndez Pelayo recibió de Cataluña, copio el mensaje de felicitación que le trasmitió el *Institut d'Estudis Catalans* con motivo de la publicación del *Boscán*:

«La impresión que a los miembros de este Instituto ha producido la lectura del estudio sobre J. Boscán, que V. E. acaba de dar a luz, se ha traducido en una serie de fervorosos comentarios y en el acuerdo de expresarle toda la vehemencia de nuestra admiración y gratitud.

Si como hijos de Cataluña nos ha conmovido aquel trabajo por la afectuosa interpretación de nuestra historia intelectual, nunca avara de sus secretos para quien acude a abrirlos con la llave de oro de la simpatía, no nos ha embe-

lesado menos como hombres de estudio la magnífica amplitud del cuadro sobre que destaca la figura de Boscán y para el cual ha agotado V. E. con el definitivo esfuerzo de costumbre, todas las fuentes de conocimiento y referencia, todos los precedentes y desarrollos futuros del tema matriz. Admirablemente expuestos...»

Menéndez Pelayo no permanecía indiferente a estas manifestaciones. Al anterior mensaje responde: «No pude soñar para mi modesto y laborioso ensayo sobre Boscán mejor corona que el testimonio de simpática benevolencia con que ha sido acogido por el Institut d'Estudis Catalans»; [57] y en carta a Rubió y Lluch añade que tal gesto «contrasta con la absoluta indiferencia con que ha sido acogido en Madrid el libro del cual creo que un sólo periódico ha dado noticia.» [58]

Esta simpatía colectiva, manifestada en hechos aislados y significativos como los que he anotado, fué concretándose hasta cristalizar en el proyecto de un homenaje colectivo de Cataluña a Menéndez Pelayo, homenaje que debía consistir en unas fiestas académicas y la edición de sus obras completas. El estado de salud de D. Marcelino, ya en franca decadencia, aplazó indefinidamente la primera parte del proyecto, mientras la segunda tropezaba con el compromiso que Menéndez Pelayo acababa de adquirir con el librero Suárez. Pero es instructivo leer la justificación del homenaje que publicó la revista *La Cataluña* en el número extraordinario de su centenario, dedicado precisamente a exaltar la figura de Menéndez Pelayo:

«*La Cataluña* conmemora la publicación de su número centenario con un acto de pública adhesión al proyectado Tributo de Cataluña a Menéndez y Pelayo, que con tal alto sentido patriótico patrocina la primera y más importante de nuestras asociaciones de cultura y a cuya realización venimos moralmente obligados a cooperar todos los que amamos a Cataluña y nos enorgullecemos de sus glorias y

---

[57] *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, a 1908. Párrafos elegiosos para Menéndez Pelayo son frecuentes en los *Anuarios del I. E. C.* de estos años.

[58] Carta de Menéndez Pelayo de 8 de febrero de 1909.

anhelamos un mayor desarrollo y florecimiento de su cultura; que todos tenemos contraída una gran deuda de gratitud con el insigne polígrafo castellano que ha hecho por los intereses espirituales de nuestra tierra más, muchísimo más que ninguno de los que en ella hemos nacido y la ha prestado servicios valiosísimos que nunca los catalanes le agradeceremos bastante.

»Menéndez Pelayo, con sus numerosísimas obras, prodigio de erudición y sabiduría y a menudo exhuberantes de amena y castiza literatura ha reconstituído períodos enteros de nuestra cultura científica y literaria, ha vindicado a nuestros filósofos y humanistas cuyas doctrinas le sirvieron de arma poderosísima en sus juveniles luchas contra los decadentes ergotistas del escolasticismo y los propugnadores de las nebulosidades krausistas; ha resucitado las figuras de nuestros poetas y prosistas desenterrando sus libros y manuscritos del polvo de archivos y bibliotecas, y estudiando los caracteres de sus obras y el pensamiento que las informa.

»Menéndez Pelayo, en momentos trascendentales y de perdurable recordación ante los más altos poderes del Estado y los representantes de las naciones civilizadas, hizo la más ditirámbica apología de la lengua y literatura catalanas, fulminó sus anatemas contra esa unidad de muerte, de la que los catalanes unánimemente protestamos y evocó su magna visión de una nueva Hispania, cimentada sobre las firmísimas bases de la diversidad fecunda y la suprema unidad de lo orgánico y vivo, objeto constante de nuestros ensueños y anhelos, de nuestros ideales y aspiraciones. Y más recientemente, en el fragor de nuestras luchas con los enemigos interiores y exteriores de Cataluña, cuando nuestros más caros afectos y sentimientos patrióticos eran difamados y maldecidas nuestras nobles ansias de reconstrucción y renovación, mientras se atizaban odios y rencores y se predicaba el incendio y la devastación de nuestra querida ciudad, él, desde el Salón de Actos del mismo Ateneo Barcelonés, donde hace treinta y seis años por primera vez se diera a conocer al público una noche memora-

ble, con palabra solemne proclamaba ante la faz del mundo la plena justificación y hacía caluroso elogio del integral renacimiento catalán, anunciando su presentimiento de estar nuestra amada Barcelona destinada a ser *cabeza* y *corazón de la España regenerada*, de aquella nueva España evocada en su aludido discurso de los Juegos Florales de 1888 hecha realidad por la difusión peninsular del espíritu de nuestro renacimiento.

»He aquí por qué *La Cataluña* se adhiere entusiástacamente al Tributo a Menéndez Pelayo; he aquí por qué entendemos que todos los catalanes amantes de nuestra tierra venimos moralmente obligados a la realización y feliz éxito de este homenaje, que ha de marcar una definitiva ascensión hacia la Hispania Major entrevista por Menéndez y anhelada por todos los Catalanes.» [59]

Como ya he indicado, el estado de D. Marcelino hizo ineficaces estos propósitos. Su enfermedad, añadiéndose a sus desilusiones, hacía cada vez más melancólica su soledad. Justamente, la última vez que su voz resonó públicamente en Cataluña, fué para exponer con impresionante crudeza su terrible desengaño. Fué en Vich, ciudad episcopal, donde Menéndez Pelayo contó siempre con un grupo de amigos incondicionales, en el Congreso Internacional de Apologética celebrado en memoria de Balmes, donde se leyeron sus *Dos palabras sobre el centenario de Balmes*: «Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le quedan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece en cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo

[59] El artículo está firmado por J. Roig. A continuación la Redacción de la revista añade: «Conforme se ha dicho en números anteriores de *La Cataluña*, el Tributo a Menéndez Pelayo consistía, principalmente, en una fiesta literaria en su honor y en la publicación de una edición completa y económica de sus libros, opúsculos y trabajos insertados en diversas revistas nacionales y extranjeras».

contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia los hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía. ¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular¡ Un pueblo puede improvisarlo todo menos su cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil.» [60]

Menéndez Pelayo había sido invitado personalmente en Madrid el año anterior por la Comisión organizadora, e imposibilitado de asistir personalmente, envió a última hora sus cuartillas. Copio de las Actas del Congreso:

«Tan magnífica serie de discursos la cerró con broche de oro el trabajo enviado por el insigne polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que fué magníficamente leído por el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, D. José Daurella, y excusado es decir con cuánta fruición fué escuchado y férvidamente aplaudido por el ingente concurso, que llenaba la caldeada aula del Congreso. En el acto acordóse, con unánime aplauso, enviar un telegrama de felicitación al ilustre Director de la Biblioteca Nacional, honra y prez de la ciencia española y publicar una tirada especial del discurso que viene a ser la definitiva semblanza del filósofo de Vich.» [61]

Este discurso fué el canto de cisne de D. Marcelino en Cataluña; dos años después, y cuando ya las noticias que sobre su salud circulaban lo hacían temer, llegaba a Barcelona la noticia de su muerte. El duelo fué sincero y general. La Facultad de Letras, que figuraba entre los herederos supletorios de su antiguo alumno, se reunió en sesión extraordinaria para expresar su sentimiento, y la Universidad acordó colocar entre los bustos de los hombres que habían constituído su tradición el de quien tan bien había sabido

[60] *Dos palabras sobre el centenario de Balmes.* Vich, 1910.
[61] *Actas del Congreso Internacional de Apologética.* Vich, 1910.

continuarla y exaltarla. [62] Docenas de telegramas de organismos y particulares llegaron a Santander, y en primer lugar los de la Diputación y Ayuntamiento de Barcelona. Hasta de los catalanes de América llegaron testimonios de pésame. [63] La prensa, en unos días políticamente agitados, olvidó por un momento sus diferencias para unirse en la apología. [64] Sin distinción de matices todos los periódicos tomaron parte en la sinfonía póstuma de alabanzas al que llamaban—y no le faltaban títulos para ello—el mejor amigo de Cataluña. En un próximo artículo intentaré explanar los justificantes de este calificativo, repasando la aportación capital de Menéndez Pelayo a la historia literaria y cultural de Cataluña.

MIGUEL SIGUÁN.

---

62 La colocación del busto tuvo lugar en una sesión solemne el día 18 de mayo de 1913, en la que Rubió y Lluch pronunció un emocionado *Discurso*, al que varias veces hemos hecho referencia.

63 Alcalde Santander.—«Club Cataluña únese duelo inmenso muerte glorioso Menéndez Pelayo.—*Maciá*, Presidente» (de *El Eco Montañés*, de la Habana).

64 Doy una lista de los artículos que he podido ver en la prensa de aquellos días. *La Gaceta de Vich*, 21 de mayo, Jaime Collell.—*El Poble Catalá*, 21-V, anónimo.—*El Noticiero Universal*, 22-V, Cosme Parpal.—*Diario de Barcelona*, 27-V, Narciso Roura.—*La Veu de Catalunya*, 27-V, A. Rubió y Lluch.—*La Vanguardia*, 2-VI, Manuel de Montolíu.—*L'Ilustració Catalana*, 2-VI, J. Franquesa Gomis. Véase, también, el número extraordinario que le dedicó la revista *Cataluña* (25-V) y el *Anuario del I. E. C.* del año 1912.